

Podemos dar la bienvenida a Jacqueline Harpman al universo de la literatura traducida al español, esperando que pronto algún otro título (por ejemplo, *Orlanda*, premio Médi-

cis 1996) le haga pronto compañía en las librerías. —ALICIA MARTORELL.

Jacqueline Harpman, *Yo que nunca supe de los hombres*, trad. de Alicia Martorell, Madrid, Alianza Editorial, 2021.

Los límites de la existencia

CUENTA Julia Phillips (1989, Nueva Jersey, Estados Unidos) que cuando rellenó la solicitud de la beca que le permitió pasar una temporada en la península de Kamchatka entre 2011 y 2012, tenía previsto escribir una colección de historias con algún nexo común. Luego debutó con *La desaparición* y no se limitó a su propósito original. Como hizo ella, que documentó su relato estudiando el entorno y mediante entrevistas *in situ*, su público lector haría bien en conocer cuanto pudiera ayudarle a comprender un relato que no es la clásica investigación de la desaparición de unas niñas que permitirá al final que la policía pueda lucirse, las encuentre o no. Pese al paisaje o a los sucesos que vamos a presenciar, no es la versión escrita de *Twin Peaks* o *True Detectives*.

La península de Kamchatka tiene una extensión casi similar a la de España, solo se puede llegar por mar, ya que la conexión con el resto de Rusia es difícil dada la densidad de los bosques y la tundra. Es un lugar aislado que goza de un paisaje increíble, con parques nacionales, zonas protegidas,

volcanes latentes y activos, centenares de glaciares y géiseres cuyo poder hipnótico ha escrito algún viajero. Tierra de fuego y de hielo, con atardeceres que la autora describe de manera inquietante, porque el paisaje se convierte en un personaje más de la novela, por la sensación de aislamiento y soledad que proporciona el entorno, que explica el devenir de una sociedad compleja, donde hay quienes se saben personajes de primera categoría (rusos más o menos bien situados) y quienes pertenecen a minorías étnicas que, capítulo tras capítulo, se convierten en sospechosos, tanto o más que los temidos extranjeros, para tantos vecinos una plaga que no ha habido más remedio que aceptar. «Esos hombres indígenas que beben más de la cuenta, seguro, que parecen muy formales en el trabajo y luego son lo peor de puertas para adentro». Y a quien le pase algo, tal vez sea por su culpa: se trata de tener cuidado. Antes, un antes que se refiera a la desaparecida Unión Soviética, la península era un lugar hermético, dominado por instalaciones militares e institutos vulcanológicos que algu-

nas personas echan de menos en su nostalgia perenne porque proporcionaban la seguridad que ofrece un encierro aceptado. «Chicas, no os imagináis lo seguro que era todo. Sin extranjeros. Sin nadie de fuera. Abrir la península ha sido un error tremendo, el peor que podían haber cometido las autoridades... Ahora todo está infestado de turistas, inmigrantes. Nativos. Delincuentes». Solo tras el cierre de las bases militares los residentes de Kamchatka pudieron al fin explorar sus propias tierras y comenzó, a su entender, la inseguridad que ha llevado a la desaparición de estas y otras niñas.

La autora previene a quien se desplace por sus páginas ya desde el principio. A este fin, un mapa de Kamchatka nos ayudará a situarnos, y el elenco de personajes y sus relaciones familiares nos desconcertará, *dramatis personae* que anuncia un entramado que nos llevará hasta un final que no destriparemos aquí, tal vez porque no seríamos capaces de hacerlo, pues invita a regresar a páginas anteriores, cuando se descubre que no prestamos atención a aspectos fundamentales. La desaparición de Aliona y Sofía es un torrente subterráneo que une los diversos capítulos. La madre, Marina Alexándrovna, periodista en la ciudad de Petropávlovsk-Kamchatski, es parte de un sistema corrupto que ella misma denuncia: fabrica historias que favorezcan a Rusia Unida, trabaja para el partido, y piensa que los altos cargos de la comisaría temían una posible intervención del gobernador: «Había muchísima presión por encontrar un culpable. Necesitaban un secuestra-

dor, cuanto más grande y aterrador, mejor, así que se inventaron uno».

Junto al mar, cerca de donde desaparecieron, Aliona cuenta a su hermana la historia de un tsunami, «esa súbita y pesada ola» que se llevó parte de la ciudad. El miedo a la naturaleza está presente en todas las historias, también existe el temor de que Petropávlovsk quedara inundada en lava. Estamos ante una tierra que desaparece, el tsunami no siempre viene del mar, a veces es la vida misma la que hace que desaparezca la tierra que pisamos. De ahí la nostalgia de los tiempos antiguos («ya ni siquiera nieva como antes»), que lleva emparejada el temor a los nativos. Se extiende la convicción de que a las niñas se las llevó un tahiko o un uzbeko, y aunque desapareció otra chica, una adolescente de etnia even, nadie habla de ella, apenas aparece en la tele: llevaba tres años desaparecida, era even, hija de un don nadie. Además, también se atribuye la desaparición al destino, algo muy arraigado en la mentalidad rusa, según cuenta una de las muchas mujeres que pueblan esta historia, que apunta que el mundo fue construido para que la gente sufra.

Tengamos en cuenta que Julia Phillips es una autora joven y americana. Nada que ver con aquella otra Julia Phillips ya fallecida, productora de películas como *El golpe*, *Taxi Driver* o *Encuentros en la tercera fase*. Su novela pudo sorprender a la crítica, que la aclamó y reconoció la calidad de su primera novela, como lo hicieron los premios para los que estuvo propuesta; por este motivo, sería recomendable tener presente que lo que ella denuncia, la falta

de seguridad, el supremacismo, la situación de tantas mujeres, el temor a lo extranjero o la nostalgia de los tiempos pasados no dejan de ser un reflejo de la sociedad americana actual, porque el dolor es universal. Lo dicho, no estamos ante una novela policíaca, al estilo de Agatha Christie o Sherlock Holmes. Julia Phillips retrata cómo reacciona la sociedad ante la violencia,

sus personajes, aquí y allí, viven aislados, la ciudad no es segura, la naturaleza se vuelve contra nosotros, «como si las fronteras de Petropávlovsk–kamchatski establecieran los límites de la existencia», leemos. –RAFAEL ESTEBAN SILVESTRE.

Julia Phillips, *La desaparición*, trad. de Francisco González López, Madrid, Sexto Piso, 2021.

Que se vayan, que se mueran

«QUE ardan», pensó. «Que se vayan. Que se mueran». Con estas frases violentas, pronunciadas por Aicha, la hija de 8 años del matrimonio mixto formado por una alsaciana, Mathilde, y Amín, un marroquí de Meknés, exmilitar del ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial, se cierra *El país de los otros*. La niña, que vive con dificultad los dos mundos, el de su madre y el de su padre, opta así, con esa precoz madurez que la caracteriza, por el de este último, anticipando el triunfo de la independencia de Marruecos (1956), un año después.

Esta escena final es la de un incendio nocturno, observado desde una azotea, de las plantaciones de los colonos de Meknés, que sugiere, a modo de guiño, el de la ciudad de Atlanta en la película *Lo que el viento se llevó*, basada en la famosa novela de Mar-

garet Mitchell. Guiño explícito es el subtítulo –*Guerra, guerra, guerra*–, palabras lanzadas por Scarlett O’Hara al principio del film, que retoma textualmente Selma, la hermana de Amín, imitando ese modelo de mujer libre con el que ella sueña, pero que la sociedad conservadora a la que pertenece le impedirá ser.

Es la tercera obra de ficción de Leila Slimani (Rabat, 1981) –después de *En el jardín del ogyo* y de la galardonada con el Premio Goncourt 2016, *Canción dulce*– y transcurre entre 1944-1955, durante el Protectorado francés de Marruecos (iniciado en 1912), en una década marcada por la lucha anticolonial. Primera parte de una trilogía en curso de escritura, inspirada en la vida de los abuelos de la autora, la novela, encabezada por dos citas de Glissant y Faulkner sobre el mestizaje, tiene como hilo conductor el complejo diálogo de culturas, de co-